

# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO VII

→ BARCELONA 5 DE NOVIEMBRE DE 1888 ←

NÚM. 358

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

## SUMARIO

TEXTO. — *Nuestros grabados.* — *Exposición Universal de Barcelona*, por don J. Yxard. — *Brujería*, por don Juan Valera. — *El almuerzo del sastre*, por don Antonio de Valbuena. — *El palacio de Alcaldé de Henares* (conclusión), por don F. Giner de los Ríos. — *Noticias varias.*

GRABADOS. — *Puente de paso á las instalaciones marítimas.* — *Macbeth*, busto escultórico de Inglés. — *Instalaciones italianas, españolas y de los Estados Unidos de América.* — *Gallo muerto*, escultura de doña Adela Ginés.

## NUESTROS GRABADOS

### PUENTE DE PASO DESDE LA NAVE CENTRAL Á LAS INSTALACIONES MARÍTIMAS

(*Exposición Universal de Barcelona*)

Una de las obras más bellas, más grandiosas y más generalmente admiradas en el Parque donde se celebra nuestra Exposición Universal, es el puente que enlaza el Palacio de la Industria con las instalaciones marítimas, emplazadas con buen acuerdo junto á la playa como en sitio el más adecuado sin duda alguna. De su traza elegan-

te y sus vastas proporciones da idea aproximada la fotografía que publicamos al frente del presente número. Lo que esta fotografía no dice es el incomparable panorama que se desarrolla ante la maravillosa vista del espectador. Al Norte la verde cordillera que separa el llano de Barcelona del llano del Vallés, aquél cuajado de palacios y de fábricas, de templos y de quintas de recreo; la civilización en todo su apogeo; éste exuberante de verdura, riente, pomposo; la naturaleza en todo su esplendor. Al Este la risueña costa de Levante, con sus pueblos limpios y coquetones bañándose en las tranquilas aguas del Mediterráneo; al Oeste el Puerto de Barcelona poblado por los buques de todas las matrículas del mundo; junto al cual se levanta el célebre Monjuich que amenaza intempestivamente á la ciudad en ademán de protegerla. Y al Sur la inmensidad del mar, con todo su encanto, todo su misterio, toda su grandeza. Panorama sin rival, no hay alma contemplativa, no hay imaginación ardiente que desde lo alto de este puente no admire á Dios en su creación y á los catalanes en sus obras.

### MACBETH, busto escultórico de Inglés

Popular de sobra es la historia de aquel famoso Than inglés á quien en mal hora las brujas de los bosques de su patria dijeron un día: — Tú serás rey!... — Desde aquel momento la ambición más desenfrenada hizo presa en el noble lord; aquella corona prometida aparecía constantemente á su vista; su brillo le deslumbraba, la idea de su posesión rompió las cadenas de la fe jurada. Y he aquí que un día el viejo rey Duncán apareció asesinado y Macbeth ciñó á sus sienas la diadema de Escocia. Pero la corona real oprimió su frente como una corona de espinas, y al poco tiempo, devorado por el remordimiento, se hacía matar en una batalla librada contra sus enemigos.

Tal es el personaje del siglo XI á que Inglés ha dado forma, imprimiéndole los rasgos característicos de que la imaginación reviste al ambicioso Than de Escocia.

### INSTALACIONES ITALIANAS, ESPAÑOLAS Y DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMERICA

(*Exposición Universal de Barcelona*)

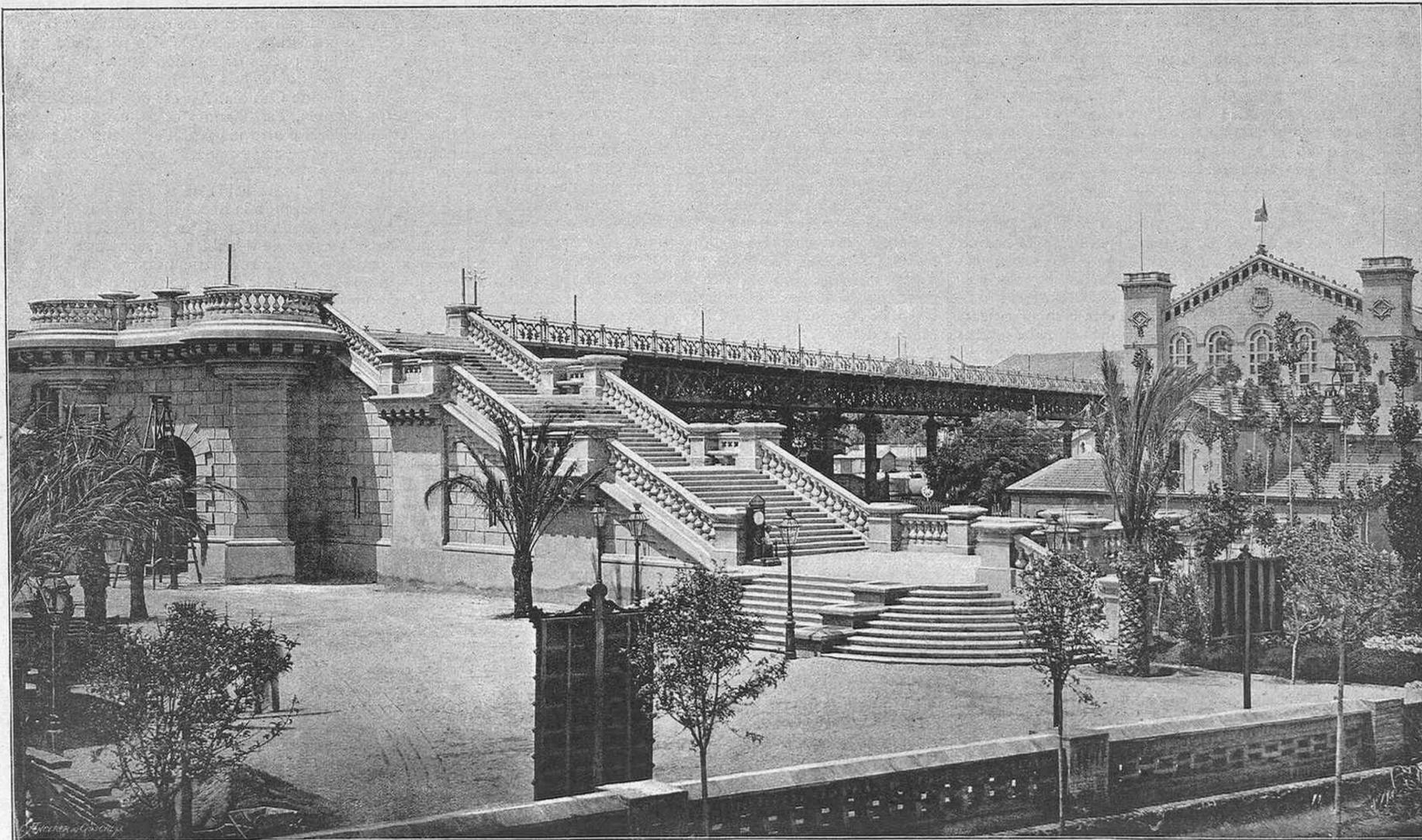
Insiguiendo nuestro propósito de dar la idea más aproximada posible del gran certamen que tiene lugar en nuestra ciudad, publicamos nuevas vistas de sus instalaciones, las cuales demuestran la esplendidez y buen gusto con que particularmente los industriales españoles han exhibido sus productos. Ninguna nación, empero, ha superado á los Estados Unidos de América bajo el punto de vista decorativo de la nave que le ha sido adjudicada, la última del Palacio de la Industria. Aunque el conjunto adolezca tal vez de teatral, no puede negarse que los norteamericanos han demostrado que saben tirar el dinero cuando conviene y que han utilizado con provecho hasta las paredes de su recinto peculiar para facilitar al público una porción de datos históricos y estadísticos de mucha importancia.

### GALLO MUERTO

Escultura de doña Adela Ginés

La autora de este bien estudiado trabajo es de naturaleza esencialmente artística, pinta y talla indistintamente y en ambas bellas artes se ha distinguido y merecido premios en públicos concursos. En escultura es discípula de Molinelli y en pintura de Gessa. Su *gallo muerto*, barro cocido expuesto en el Salón de entrada en nuestro Palacio de Bellas Artes, demuestra que la artista no se ha limitado á copiar el natural, sino que lo ha hecho con una prolijidad, con un cariño, con una minuciosidad de detalles que hacen honor á su conciencia artística. La parte anatómica está perfectamente entendida y el plumaje tiene tales condiciones de verdad que el espectador se siente tentado de soplar en él seguro de que ha de agitarlo. La autora ha expuesto asimismo cuadros de flores de mérito recomendable.

## EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



PUENTE DE PASO DESDE LA NAVE CENTRAL Á LAS INSTALACIONES MARÍTIMAS

(De fotografía de los señores Audouard y C.<sup>o</sup>, concesionarios exclusivos)

## EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA

## UN MONETARIO

Saliendo del Palacio de Bellas Artes y dirigiéndose al de la Industria por el paseo de los tilos, se hallan á la derecha una serie de edificios, que, como he dicho en otra ocasión, no por ser menos frecuentados, son menos dignos de especial visita. Es verdad que alguno de ellos entró en turno últimamente. Me refiero al gran Café-Restaurant que debiendo ser el más suntuoso y artístico del Parque por su fin y por la rica ornamentación con que fué proyectado, quedó después de todo sin concluir, cuando, como el Pabellón de Sevilla y el del Marqués de Campo, debía ser una nota original, alegre y pintoresca entre tantas otras construcciones que, por sus oficios, sólo podían ostentar formas más severas y debían prohibirse el uso del color en el decorado y del capricho en la línea. La celebración de los banquetes políticos con que se obsequió últimamente al Sr. Cánovas, atrajo sobre aquel edificio la atención y ojalá inspirara la necesidad de terminarlo en una ú otra forma, como fuese la más propia y adecuada. No produciría indudablemente el efecto de sombría severidad que algunos le atribuyen hoy, si le embellecieran como en el proyecto, los ricos y suntuosos detalles decorativos que en éste figuran, desde las mayólicas de fondo blanco con figuras azules, debidamente combinadas con el resto, á las vidrieras de colores de los ventanales; si figuraran en los entrepaños y dinteles relieves de metales y colores, y sombrearan las anchas galerías (de perspectivas tan variadas y bellas sobre los jardines del Parque) los elegantes y vistosos toldos de telas listadas sostenidos por inclinadas astas á guisa de *velariums*.

Pero fuera del Café, concurrido por estos días, siguieron en su relativa soledad y abandono el Museo-Martorell y la Iglesia-modelo, con hallarse en el primero la más notable colección numismática que existe en España, famosa entre los anticuarios de Europa, digna de ser visitada por los profanos y uno de los más ricos ornamentos de la Exposición; el mayor, á mi ver, en el orden científico, sin excepción alguna. Sin duda que se requieren conocimientos especialísimos para aquilatar todo su valor incomparable y singulares aficiones para gozar de todos los ocultos atractivos que ofrece al numismático la detenida y minuciosa contemplación de tantos ejemplares raros; claro está que, para la mayoría, poco valen por desgracia la serie de sorpresas, investigaciones, rectificaciones y noticias curiosísimas que guardan para el especialista en aquella ciencia, muchas de las notables monedas que figuran en tales vitrinas; pero aun siendo así, la colección resulta interesantísima para todos.

A nadie puede ocultársele desde luego con solo verla, que deben de ser muy justificados el entusiasmo y los encomios con que hablaron de ella algunos inteligentes numismáticos de Barcelona, y la fama que tiene entre los extranjeros. Para ello basta conocer el número y calidad de los ejemplares. 14,699 son estos, distribuidos en la siguiente forma: 2,187 en oro; 7,394 en plata y vellón; 5,118 en cobre y vellón. Esta extraordinaria cantidad, que sería importantísima tratándose de un monetario del Estado ó de otras corporaciones públicas, parece inverosímil para lograda por el esfuerzo de un particular que empleó en su obra de coleccionista la mejor parte de su vida. Pero no es esto solo: no basta recoger; hay que coleccionar con acierto y clasificar con inteligencia; hay que poseer profundos conocimientos de una ciencia especial que tiene, como todas, sus métodos, sus tratados, sus secretos, y su práctica, la cual enseña á distinguir pensosamente, y á veces á costa de grandes sacrificios, la noción vulgar, discutida y refutada, del principio cierto, inconcuso ó reciente; la legitimidad de la falsificación, el error y el perjuicio, en una palabra, de la verdad depurada y universalmente admitida. Aun dentro de esta ciencia general hay sus especialidades que requieren más singular erudición. Merece pues doble encomio la que supone en el propietario de aquella preciosa colección monetaria lo completa y única que es en algunas series. Todas las necesarias para el estudio de la historia patria se hallan reunidas allí exceptuando las hispano-arábigas, desde las medallas autónomas de España hasta las conmemorativas de los últimos acontecimientos de nuestros días. Empieza la colección por aquellas, comprendiendo las púnicas, libiofenices, turdetanas, griegas, ibéricas en gran número, latinas, y romano-campanianas hasta la república romana. Siguen luego estas: las consulares anónimas, las consulares con nombres de familias, las imperiales, las de los tiranos, las de los reyes visigodos, las carolingias. Estamos en plena Edad Media. La serie á ella correspondiente, la más confusa y embrollada, es cabalmente una de las más ricas. Nacen los pequeños Estados, se ramifica, se disgrega, se pulveriza el poder. Existiendo en todas partes el derecho de acuñar moneda, hallamos en el monetario tantas colecciones particulares cuantos fueron los reinos, condados, obispados, señoríos y ciudades, cuantas transitorias dominaciones, divisiones, alianzas y conquistas desmembraban ó unían el removido suelo de la patria en aquellos siglos de la lenta y penosa gestación de una nacionalidad poderosa. De tantos príncipes, condes y obispos, hay ejemplares valiosos. Colecciones parciales, que fueran ya un verdadero tesoro por sí solas, se agrupan formando un tesoro mayor; su coste es difícil de calcular, y no ya difícil, sino imposible decir su precio de estimación. Alcanzamos al llegar aquí la época de la unidad nacional con Carlos V pero no la unidad monetaria; y la procedencia de tan diversas piezas trae á la me-

moría la inconmensurable extensión de los dominios españoles en todo el planeta habitado, y los anales de las sucesivas desmembraciones que siguieron á tanta gloria y poderío. Del levantamiento de Cataluña en 1640, en nombre de Felipe IV: de su unión á Francia con Luis XIII y Luis XIV, de la guerra de sucesión con Felipe V, hay curiosísimas monedas. Aquí, conforme se va simplificando el monetario se achica la nación, como si aquel nos diese una representación gráfica del movimiento de ensanche de la nacionalidad hasta los Austrias, seguido del opuesto de retroceso y contracción que acabó con su grandeza. Así llegamos hasta el caos y anarquía de la guerra de la Independencia, y á las vicisitudes, á los transitorios reinados y á las ficticias soberanías de la guerra civil y la sublevación cantonal.

El monetario contiene además otra serie del reino de Portugal desde Sancho I á Luis I; otra de los grandes maestros de Malta españoles y portugueses; otra de los papas desde Adriano I (772-795) á la República Romana (1848-1849). Las proclamaciones y juras de los reyes de España, desde Felipe II á D. Alfonso XII forman otra sección. Las medallas y guitones de los siglos xv y siguientes hasta las próximas fechas son en gran número, conmemoran los más diversos acontecimientos y contienen retratos de los más célebres personajes. En esta colección al interés histórico se añade el artístico; á la fecha la belleza, y siendo á la vez como una serie de páginas sueltas de los anales políticos nos permite al propio tiempo estudiar el progresivo desarrollo del arte del grabado, del dibujo, de la composición, con la índole propia de cada época. La mayoría de esas piezas son realmente magníficas en este concepto; los retratos, magistrales; de una vida, de un carácter expresado con tan enérgico y seguro relieve que enseñan con sólo una ojeada algo más que una biografía ó un capítulo de historia.

Tal es resumiendo en breves líneas, y reduciendo á un simple extracto, no un catálogo sino un compendio - tal es aquella famosa colección de monedas y medallas que se diría el agregado de varios monetarios públicos y no la obra de la inteligencia y perseverante entusiasmo de un solo hombre.

J. YXART

30 octubre

## BRUJERIA

## CIENCIAS OCULTAS (I)

Todo aquel saber adquirido ó que se supone adquirido iniciándose en misterios, entrando en congregaciones secretas ó poniéndose en relación con seres sobrenaturales, que la imaginación finge ó en que hace creer la fe en religión determinada, es en su conjunto lo que llamamos *ciencias ocultas*. Muchas artes é industrias se han ejercido y se ejercen aún en virtud de dichas ciencias. Su campo es, pues, vastísimo, y aun para el que supone que son ciencias vanas y mentirosas, tienen importancia como examen histórico y psicológico de las aberraciones del espíritu humano, de la degeneración y extravío del sentimiento religioso, del estudio primitivo de las cosas naturales, y de los errores ó de las no descubiertas aún ni bien explicadas verdades en que dicho estudio nos induce ó que dicho estudio nos muestra.

Sobre estas ciencias ocultas se ha escrito tanto que pudiera formarse una biblioteca de los autores que las tratan. Citando sólo algunos de los autores principales, pondremos aquí los nombres de Wier, Godelman, Bodin, Cornelio Agripa, Le Brun, Calmet, Tartarotti, Canz, Carli, Martín del Río, Halifax Leví, Salverte, Michelet y Maury. Todo el conjunto de las ciencias ocultas puede llamarse *Magia*.

La Magia puede dividirse en negra y blanca.

Cuando ni el diablo ni poder alguno infernal interviene, la Magia es blanca; y es negra cuando el diablo interviene.

La magia blanca se divide en natural y *delusoria* ó prestigiosa.

La natural viene á ser como la Física, las Matemáticas y la Astronomía, que en épocas atrasadas, cuando se sabía poco aun ó no se había divulgado el saber, daban algo de sobrehumano á quien las poseía, induciéndole además en error y haciéndole creer, ó por vanidad ó por amor á la ciencia y esfuerzo de la fantasía, que su saber iba más allá de sus límites verdaderos y era más poderoso de lo que realmente era. De aquí, por ejemplo, como parte de esta Magia, la Crisopeya ó arte de hacer oro, la Astrología judiciaria y todas las ciencias ó artes divinatorias, como la Quiromancia, la Cartomancia, la Hidromancia, etc.

La Magia *delusoria* ó prestigiosa viene á ser la misma Magia natural cuando en ella prevalece sobre la verdad la mentira, ó bien porque el mago quiera engañar ó bien porque él mismo se alucina y se engaña.

Aquí ocurre una muy grave dificultad, que sólo indicaremos ahora dejando el empeño de allanarla en el lugar debido. Es la dificultad, si hay ó no, dentro de la magia

(1) Tomamos del *Diccionario enciclopédico hispanoamericano*, que publica nuestra casa editorial, el siguiente artículo debido á la correcta pluma del distinguido escritor D. Juan Valera, persuadidos de que nuestros suscritores lo leerán con tanto gusto como su brillante estilo y su interesante asunto merece. (N. de los E.)

blanca, magia que no sea prestigiosa, esto es, que no sea embuste y que no sea tampoco enteramente natural, entendida la palabra naturaleza de cierto modo, pues es claro que todo es natural, en sentido lato. Queremos decir con esto que hay la cuestión ó la duda de que el hombre pueda comunicarse con seres que tienen inteligencia y que no tienen cuerpo como él, y que no son tampoco demonios del infierno. En el día, casi nadie cree ya en duendes, en sílfides, en gnomos, en ondinas y en otros seres misteriosos; pero en esto se ha creído y en esto se ha fundado cierta magia blanca sobrenatural; y, si ya esto no se cree, se cree aún, y aun está muy en moda creer en lo que, en lo antiguo, se llamó Nigromancia y hoy se llama Espiritismo: esto es, en la evocación de los muertos y en la conversación y trato con ellos.

Dejando, pues, por ahora esta cuestión á un lado, pasemos á la magia negra, que supone relación ó pacto con las potencias infernales. Esta magia negra casi se confunde ya con la brujería ó hechicería, y pueden llamarse brujos ó hechiceros y brujas ó hechiceras á los hombres y á las mujeres que siguen esta profesión, que saben esta ciencia ó que ejercitan las artes reprobadas que en ella se fundan.

Todavía, no obstante, para mejor método y más claridad, hemos de hacer una distinción, aunque puedan aducirse en contra un sin número de objeciones. Todo lo elevado y teórico de la ciencia que da el diablo se quedará para tratado en la Magia negra, y aquí trataremos sólo de lo rutinario, vulgar y grosero, que de la Magia negra dimana, y á lo cual llamaremos mera brujería.

La brujería existió en todos los pueblos desde la antigüedad más remota: y ¡cosa singular! las mujeres se han entregado á ella siempre mucho más que los hombres; pero, como antes del cristianismo se sabía menos del diablo y de sus malas mañas, no siempre se tomaba en mala parte el oficio de bruja, y hasta se llegó á divinizar ó á sublimar por cima de la condición humana á las mujeres que tuvieron este oficio, llamándolas sibilas, ó transformándolas con la fantasía en hadas, en ninfas ó en semidiosas.

De aquí las magas ó hadas, benéficas unas y maléficas otras; pero todas harto caprichosas y vehementes, por donde, arrastradas á veces de furiosas pasiones, hacían grandes maleficios y crímenes, como Circe y Medea.

Ni faltaron en la antigüedad brujas vulgares, hechiceras plebeyas, como las de los tiempos cristianos.

Los poetas clásicos atribuyen multitud de habilidades á estas brujas antiguas; atraían la luna del cielo, ó le daban color sangriento; hacían que las estrellas palidiesen ó retrocediesen en su curso; encantaban y domesticaban las serpientes, de las cuales solían hacer un adorno de cabeza, coronándose con ellas; conocían hierbas portentosas con que sanaban, mataban ó componían elixires de amor; remozaban á las personas viejas y convertían en animales á los hombres, como hizo Circe con los compañeros de Ulises; y evocaban los muertos y los traían á hablar ó á dejarse ver de los vivos. En los tiempos de la mayor cultura de Grecia y de Roma, y aun entre los Padres de la Iglesia, fué muy común el pensamiento de que toda esta brujería era falsedad é impostura, aceptable sólo para máquina de poemas, donde los poetas diesen rienda suelta á la imaginación, describiendo hechos espantables, como los que Horacio describe de Canidia. Así es, que Lactancio, San Cipriano, Orígenes, Tertuliano y otros, califican de embuste la hechicería ó arte mágica. Tertuliano dice terminantemente: *Quid ergo dicemus magiam? quod omnes pene fallaciam*.

Por desdicha, no prevaleció esta opinión sino la contraria de atribuir al demonio la hechicería y suponerla verdadera: lo cual, sobre todo en los siglos tenebrosos de la Edad Media, ha sido causa de horribles persecuciones y ha llevado al patíbulo á extraordinario número de personas, perpetuándose así el error de los que creían en los brujos y brujas, como el error de los que imaginaban que lo eran, casi hasta nuestra edad, lo mismo, y tal vez mucho más que en España, en Inglaterra, Alemania, Francia y otras naciones.

Michelet ha escrito un libro amenísimo y terrible á la vez, titulado *La sorciere, La bruja*. Mucho se aprende en él acerca de brujería; pero el libro está escrito por tan poético estilo que no es fácil distinguir lo que es figura retórica de lo que es realidad; y como el autor propende á demostrar una tesis, la perversidad anti-natural del cristianismo, hay que estar á la mira para no dejarse engañar cuando el autor tuerce ó desfigura los hechos, tal vez sin querer, por la manía de hacer que su tesis quede demostrada.

El diablo para Michelet es el Rey del mundo, el Príncipe de la naturaleza, el acicate y la energía del espíritu humano, á quien piden favor, en cuyo seno se refugian, bajo cuyo poder buscan amparo y protección los miserables, los perseguidos, los vejados y afrentados por la Iglesia y por los grandes señores.

De todos modos, el diablo en que Michelet no creía, no pasa de ser en su libro una figura retórica. ¿De dónde procedía, pues, la ciencia que Michelet atribuye á las brujas?

Fuerza es convenir que esto queda muy obscuro. La tradición y el estudio de la naturaleza por gente forajida que vagaba en los bosques no explican bien todos los portentos que Michelet supone de plantas venenosas empleadas como remedio y de otros secretos naturales que según él conocían las brujas mejor que los sabios cristianos, árabes y judíos.

En cuanto á que la brujería fuese la protesta contra el orden de cosas existente, fuerza es convenir en que hay en ello algo de cierto; pero sólo en el sentido vulgar y

claro. El lenguaje ordinario lo dice: *Darse al diablo*, es frase hecha en casi todas las lenguas, y se aplica al que está desesperado, el cual se entrega al enemigo de Dios porque de Dios se considera ofendido y busca en su enemigo protección y auxilio, ya que no venganza.

La brujería no era algo de individual y aislado, sino una secta ó religión satánica, que tenía sus reuniones ó asambleas y sus ritos y ceremonias; esto es lo que llaman *Sabbats* en francés y en otros idiomas, y en español *aquejarre*, palabra vascuence que significa *prado del macho cabrío*.

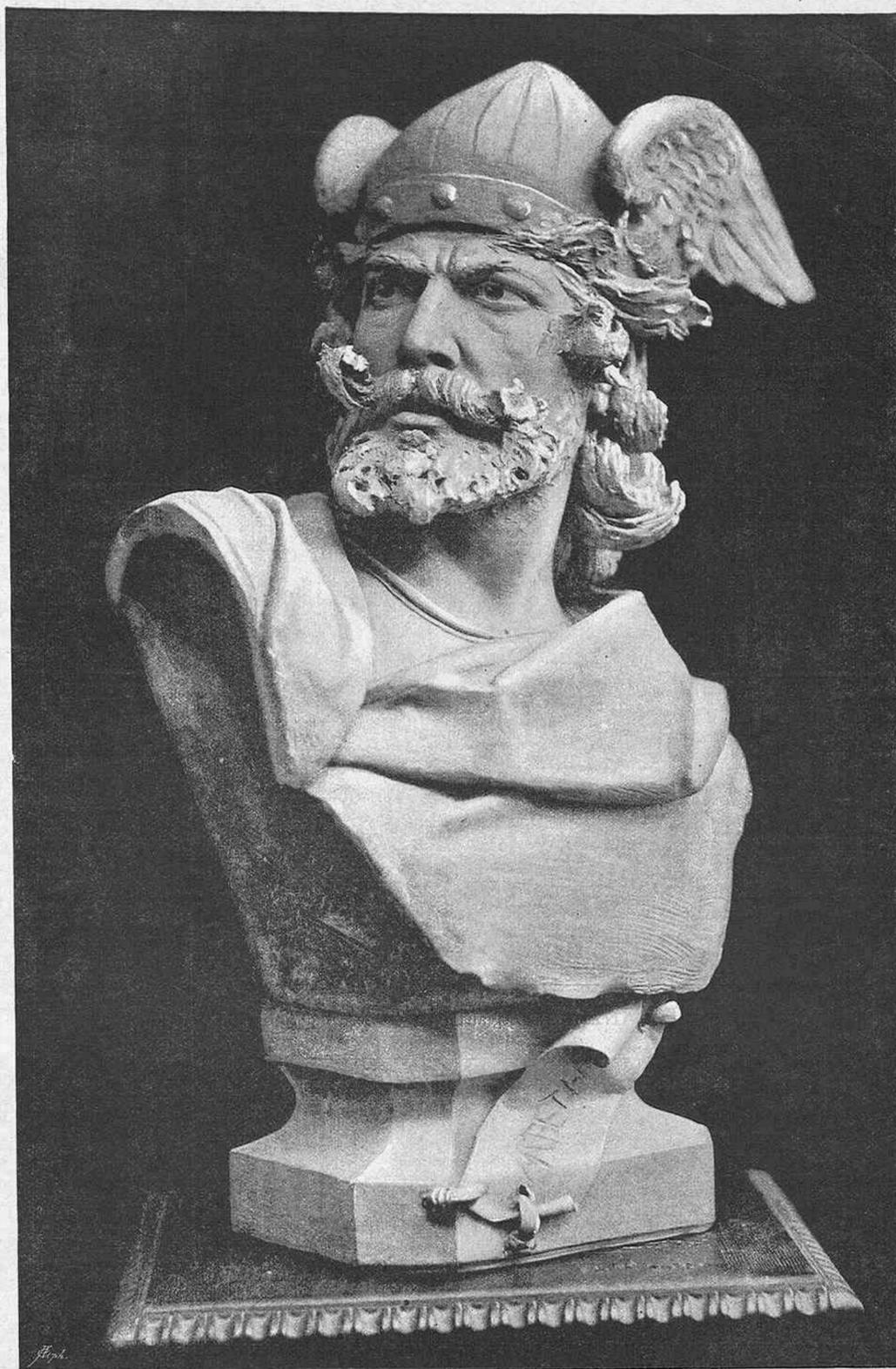
Sobre el origen y variaciones de los *aquejarres*, al través de los tiempos, pudiera escribirse no poco. Baste decir aquí que sin duda se notan vestigios de antiguos ritos de religiones naturalistas extinguidas y perseguidas: del viejo paganismo, que persistió entre los campesinos mucho después del triunfo oficial de la religión cristiana. Las veladas y verbenas, purificadas ya por el cristianismo, son lo que lícitamente substituyó después á la ceremonia nocturna pagana. No purificadas, las bacanales, las lupercales, y la fiesta que describe el *Perovigilium Veneris*, y donde se cantaba este hermoso himno á la Primavera, fueron los *aquejarres* primitivos. Pero la nueva religión de Cristo no vió en la naturaleza más que fuerzas y sustancias inconscientes gobernadas por un Dios providente, y ya la despobló de ninfas y de genios que la gobernasen, ó ya sostuvo que cuanto en la naturaleza había de sobrenatural, esto es, de inteligente y dotado de voluntad, fuera de Dios y del hombre, era el diablo y los suyos.

De esta suerte hubo de irse convirtiendo cada vez más lo sobrenatural, no aceptado por la Iglesia, en diabólico ó satánico. Y de esta suerte el *aquejarre* vino á tener por objeto la *misa negra*, parodia espantosa del Santo Sacrificio de la misa.

Michelet describe esta misa á su modo, apoyado, sin duda, en documentos y declaraciones.

Satanás es como Baco Sabacius ó como Príapo. Se distingue por su virilidad; y en realidad, ó en efígie, preside la fiesta, en apartado lugar, solitario y agreste, á donde acuden brujas y brujos. La bruja ó sea la mujer, hace en la fiesta el papel principal. Primero es la recepción de los iniciados, de los que se dan al diablo por vez primera, con devoción y entrega completa del cuerpo y del alma, y con mil impíos y obscenos ritos. Luego hay las libaciones. Después de beber ocurre la danza diabólica en círculo y con rapidez vertiginosa. En seguida se hace el sacrificio. La mujer misma es altar y hostia. El diablo oficia, dice el *Credo*, y hace las ofrendas. Estas eran de diversos géneros y sangrientas en ocasiones. A más de la mujer, cuyo sacrificio era de amor, solía sacrificarse un niño recién nacido, cuya carne da Michelet á entender que se comía, y también el último muerto de la congregación. «La asamblea, dice Michelet, añadiendo (ficticiamente) entre paréntesis, comulgaba de una carne y de otra.» Las brujas eran, pues (ficticiamente), antropófagas.

Tales horrores, cualquiera que sea el estado de abyección y de miseria desesperada á que en ciertos siglos, por ejemplo en el XIII y en el XIV, se suponga que llegaron los villanos, no nos parece que en realidad fuesen frecuentes ni completos. La misa negra no ocurrió, en realidad, con todas las circunstancias dichas y con otras que aquí se omiten. Por honor de nuestra especie debemos creerlo así. Pero los clérigos y los frailes y los jurisconsultos no es de suponer tampoco que inventasen todo esto sin fundamento alguno y sólo para tener el deleite de quemar mujeres vivas. Menester es, por tanto, dar por evidente que hubo brujas y brujos, y que por alucinación mental, provocada ó producida con pociones y linimentos ó untos, soñaban que iban al *aquejarre* y que asistían á la celebración de la Misa negra. Así todo lo que era sueño y locura lo imaginaban realmente sucedido. Y aunque así el delito es menos monstruoso, no se ha de negar que había delito en provocar tan absurdos sueños y tan nefandas visiones, sin que valga para plena disculpa la tiranía feroz que Michelet atribuye á las Potestades religiosa y civil, bajo cuyo yugo de hierro gemía tortura-



MACBETH, busto escultórico de Anglés

da, hambrienta, humillada y embrutecida la plebe. Además, por medio de la brujería, no se cometían sólo estos delitos fantásticos, sino no pocos delitos más reales de envenenamiento, robos, tercerías y libertinaje.

La autoridad civil y la eclesiástica persiguieron, pues, como á porfía á brujos y brujas, y á fin de patentizar sus maldades y para explicar los trámites y medios que se debían emplear para su castigo, se escribieron muchos libros, entre los cuales descuella el de un fraile dominico alemán llamado Sprenger. Su libro se titula *Malleus maleficarum* ó sea *Martillo de las brujas*.

Este Sprenger era hombre, no sólo especulativo y de pensamiento, sino práctico y activo, y tuvo el encargo de perseguir y quemar brujas en Alemania.

Alemania es uno de los países donde más brujas se han quemado. En el obispado de Bamberg, sólo en poco tiempo, seiscientas: en el de Wurtzburgo, novecientas. Aquellos Príncipes eclesiásticos, que unían los dos poderes, el civil y el religioso, eran tremendos para conservar la pureza de la fe.

Por lo demás, la brujería era una epidemia, un furor contagioso, que crecía con el castigo y que se apoderaba del ánimo de las mujeres. Soñaban mil crímenes en su locura, los confesaban y á veces se jactaban de ellos, y aunque los jueces hubieran podido reconocer que era sueño y jactancia, no por eso dejaban de ser quemadas. Ya una mujer declaraba que se convertía en gata y que entraba en las casas y chupaba la sangre de las niñas pequeñas; ya otra que se convertía en loba y salía de noche por los caminos á devorar á los caminantes; ya otra que se había unido amorosamente con el diablo. Todo esto se creía, aun cuando se diesen pruebas materiales de lo contrario: y era quemada la bruja.

En Francia los jurisconsultos, los Parlamentos y los

jueces seculares quemaban muchas más brujas que los clérigos, los frailes y los Inquisidores. Remy confiesa haber quemado en diez y seis años ochocientas brujas, en Lorena. El Parlamento de Tolosa quemó, de una sola vez, cuatrocientos cuerpos humanos.

La jurisdicción laica se lucía en Francia por dondequiera, y se burlaba de la Inquisición de España, que casi dejaba impune la hechicería y que apenas quemaba gente. Laure, en tres meses, quemó en el país vasco francés innumerables brujos y brujas, y trata desdeñosamente á la Inquisición de España por su lentitud para conducir un proceso que duró dos años, al cabo de los cuales hizo un pobrísimos auto de fe donde se quemaron poquísimos, y fueron perdonadas un sin número de mujeres. El auto de fe que desdeña Laure es el celebrado en Logroño en 1610, que publicó Moratín hijo, con muy graciosas notas volterianas.

De la narración publicada y anotada por Moratín y de un libro que escribió Laure, se sacan mil noticias curiosas sobre los usos, costumbres y mañas de las brujas y sobre los conciliábulos y fiestas que tenían. Sus diablos familiares tomaban forma de sapo é iban vestidos de terciopelo verde. De un licor que vertían por la boca, cuando las brujas los oprimían con el pie, se untaban ellas para salir volando, ya en un macho cabrío, ya en un palo de escoba, ya en el mismo sapo.

En las niñas de los ojos el diablo solía poner una señal al que se hacía brujo. Esta señal era también un sapito. Todo brujo ó bruja tenía además otro sello satánico, que solían descubrir los jueces pinchándolos, pues la parte sellada se hacía insensible á toda picadura.

El diablo presidía la fiesta del *aquejarre*, sentado en un trono ó sitial de oro y en figura de cabrón ó de sátiro. Allí le adoraban sus adeptos, haciendo cosas inmundas, pues, como dice Sebastián Michaelis en su *Pneumanología*, dirigiéndose á las mismas brujas, *Beelzebub, principis demoniorum, in formam et speciem foetidissimi et nigerrimi hirci ut Deum re et verbis adorastis... et illius foetidissimum et turpissimum et anum (proh pudor!) summa cum reverentia ore sacrilego deosculati estis.*

Después venía el banquete, donde se comía carne humana de muertos y de vivos: y luego se

apagaban las luces y se revolvían lascivamente *vir cum succubis et mulieres cum incubis*. Estos enlaces amorosos eran casi siempre estériles, ya porque los diablos no engendran, ya porque se tomaban asquerosas ú horribles precauciones contra la fecundidad.

Solía ser también parte de la ceremonia el maldecir á Dios, el blasfemar de la Virgen y de todos los santos, y el escupir la hostia consagrada que algunos brujos que habían ido á comulgar traían guardada en la boca.

La brujería siguió siendo creída y perseguida hasta muy tarde. Todavía en 1718 quemaron en Burdeos á un brujo; en Alemania á una bruja en 1751; en Suiza á otra en 1781, y en el mismo año tuvo lugar el último auto de fe de España, en Sevilla, donde, si no quemaron viva á la beata Dolores, porque mostró grande arrepentimiento de sus pecados, la ahorcaron y después quemaron su cadáver. Sobre esta beata Dolores, que entre el público pasó por bruja, ha escrito un curiosísimo é interesante estudio el señor Antonio de Latour. A la verdad la beata Dolores había sido condenada por molinismo, como en Francia Gauffridi, Urbano Grandier, Magdalena Bavent, la Cadrière y otros. La inquisición de Sevilla, sin duda, merced á sus procedimientos secretos, pudo evitar el escándalo y ocultar al público todas las lascivias de la beata con sus confesores, así que el público pudo dejar correr con libertad su imaginación y suponer que la beata era bruja. Acerca de su brujería se contaban cosas terribles y otras chistosas y extrañas. Había convertido á un hombre en gallo y ella misma había adquirido ciertas propiedades de la gallina, pues ponía huevos en abundancia y ganaba buen dinero vendiéndolos. Esto se descubrió, cuenta Antonio de Latour, porque vino un criado á comprar huevos y atisbando por la cerradura de una puerta vió que la beata abría una alacena, y bebía con deleite algunas



INSTALACIONES ITALIANAS (De fotografía de los señores Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)



INSTALACIONES ESPAÑOLAS (De fotografía de los señores Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)



INSTALACIONES ESPAÑOLAS (De fotografía de los señores Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)



INSTALACIONES ESPAÑOLAS (De fotografía de los señores Audouard y C.ª, concesionarios exclusivos)

gotas de un licor que contenía una limeta; el pícaro del criado, cuando se fué la beata, entró en el cuarto, se apoderó de la botella y como el licor le agradó bebió varios tragos. Volvió la beata trayéndole los huevos frescos y recién puestos. El criado se fué con ellos á casa de su amo; pero apenas llegó, como no estaba aún acostumbrado, sintió horribles retortijones de tripas. ¡Cuán grandes no serían su sorpresa y su pasmo cuando vió que puso un huevo! Pero pronto se llenó de susto porque, tanto había bebido, que no cesaba de ponerlos, sin poder resoplar tan extravagante fecundidad.

Así vino á convertirse la brujería en algo de cómico; pero en realidad fué un delirio y una superstición general en todo el mundo cristiano, que produjo inmensos males é innumerables víctimas en las naciones católicas y en las protestantes. Inglaterra es uno de los países donde se han quemado más brujas, sobre todo en el siglo XVII. El mismo rey Jacobo había escrito y publicado un libro sobre Demonología; y como el pueblo inglés no era entonces más juicioso que su monarca, se calcula, dice un historiador inglés, que durante la vida de dicho monarca y largo tiempo después de su muerte, el número anual de las ejecuciones por brujería se elevó al de quinientas por término medio. Como las brujas tenían una parte del cuerpo insensible á los alfilerazos, se convirtió en un oficio y medio de ganar dinero, sobre todo en Escocia, el de los *prickers*, que iban de lugar en lugar pinchando á las viejas para descubrir si eran brujas.

Todavía en 1634 ocurrió en Inglaterra la historia del joven Edmundo Robinson, el cual, cuando iba á dar de palos á una perra que se encontró en el bosque, vió que la perra se transformó en la señora de Dickenson, mujer de un caballero de su lugar. La señora prometió dinero á Robinson si no la descubría. El muchacho replicó: «no me callo; eres una bruja.» La dama entonces, sin decir más palabra, sacó del bolsillo una brida, y extendiéndola sobre el mozo, le convirtió en caballo, se montó en él y salió á todo galope. Así Robinson llegó al acaudalado ó conciliábulo de los brujos. Robinson contó su cuento, que se difundió por todas partes y produjo grande excitación en los ánimos. Durante algún tiempo el muchacho gozó de celebridad como descubridor de brujas; mas al cabo, por dicha, se le pudo convencer de embustero.

Esta manía de creerse brujo y de querer descubrir á los brujos atravesó el Atlántico y fué terrible en América, sobre todo en el Estado de Massachusetts. Un historiador pinta de esta suerte el extremo á que llegó la locura: «Cada cual sospechaba de su vecino. Los hijos acusaban á sus padres. Los padres acusaban á sus hijos. Las prisiones apenas podían contener á los sospechosos. El populacho de la ciudad de Falmouth ahorcó á su ministro, varón inteligente y probo. Hasta los parientes cercanos del Gobernador fueron denunciados. La gente creía ver brujas por el aire, durante la noche. Ni los animales estaban seguros. Un perro fué solemnemente ahorcado porque había tomado parte en las ceremonias satánicas. Las personas acusadas que negaban su delito eran consideradas empederadas, pecadoras, y ahorcadas. Las que confesaban, y mostraban arrepentimiento, eran perdonadas. De esta suerte centenares de personas, que no quisieron deber la vida á una falsedad, perecieron miserablemente víctimas de la furia de un pueblo irritado.» Todo esto ocurría hacia el fin del siglo décimoséptimo, y empezó en Boston, en la que es hoy la Atenas de los Estados Unidos, en el año de 1688. Los hijos de un señor Goodwin parece que dieron ocasión á todo, porque los declararon hechizados, ya que ladraban como los perros, maullaban como los gatos y volaban como los gansos. Considerando que una pobre vieja que era papista, católica, había hechizado á los muchachos, la vieja fué ahorcada.

Justo es convenir que así la brujería como la crueldad con que se la persiguió duraron poco tiempo en América. Más de veinticinco años después de haber cesado en América la persecución, continuaba aún en la Gran Bretaña. En cuanto á la brujería misma impune no podemos asegurar que haya cesado en parte ninguna, salvo que ahora, si hay brujos y brujas, bien pueden serlo con toda libertad y sin temor del castigo, á no ser que lo maravilloso se emplee para estafar, robar ó cometer otros delitos comunes.

Si hemos, con todo, de creer á Larousse, en el artículo de su Diccionario que responde á este artículo del nuestro, no en todas partes queda ya impune la brujería. Todavía en los Estados Unidos, aunque entre indios, es condenada á la lapidación una india vieja, por hechicera. Y el alcalde de cierta villa de Méjico, llamado Castillo, hizo quemar vivos, en abril de 1874, á un tal José María Bonilla y á su mujer Diega, acusados de brujería, y más tarde á dos personas más.

Claro está que, si la brujería sigue, sus formas deben ya estar muy cambiadas, y sólo en países atrasadísimos puede creerse aún en el aquelarre. Las hierbas mágicas, las fricciones y *passes* van teniendo ya otros fines, y todo lo sobrenatural y maravilloso va tomando distinto carácter y nueva fisonomía.

JUAN VALERA

#### EL ALMUERZO DEL SASTRE

— Anda, Quico, cuéntales un cuento á estas rapazas, que después de tanto como han trasguedado, se están durmiendo: entretenlas hasta que toquen á Misa de Gallo.

— ¡Ay! sí, sí, — dijeron á coro Isabel, Antonia, Paula, María, Catalina, Jesusa y Juana, las siete primas, cuya edad variaba desde nueve á quince años, reunidas á tomar colación en casa de su abuela.

Y en un momento, Quico, que era el diablo, según solía decir la dueña de la casa, ó por lo menos de la piel del diablo, se halló rodeado de ángeles; de aquellos siete ángeles que, clavando en él siete pares de hermosos ojos negros, le repetían: — sí, sí, anda; cuéntanos un cuento, Quico.

— Si ya no sé ninguno, hijas mías; si todos los que sabía os los he contado ya la otra noche...

— Alguno te habrá quedado...

— Rebusca á ver...

— No seas remolón.

— No nos hagas rabiar...

— Sí, sí, anda, anda.

— Vamos, principia, hombre...

— ¡Silencio, chicas! que va á comenzar.

Y no pudiendo resistir á tan vivas instancias, dijo Quico:

— Bueno: voy á ver si me acuerdo de uno...

— Sí, sí.

— No heis de decir, *sí, sí*.

— Pues no diremos nada.

— Tampoco heis de decir, *pues no diremos nada*.

— ¡Ah! no; Quico, no; ese es el cuento de las medias azules.

— Ese le sabemos todas...

— Todas.

— Ese no queremos...

— Cuéntanos otro.

— Sí, otro, otro.

— Bueno; pues otro, dijo Quico; — y habiéndose quedado las niñas como en misa, añadió, después de toser sin gana:

— Amigas, una vez era un sastre, que estaba casado con su mujer...

— ¡No, que estaría casado con su tío!

— Calla tú, grandullona; si me interrumpes no lo cuento.

— Sí, sí, cuéntalo, Quico; no hagas caso.

— Pues, como digo, una vez era un sastre que estaba casado con su mujer... y era sastre...

— La Misa del Gallo no se dice más que una vez al año.

— ¡Mira el arvejo! ¿también tú?

— Calla, Susa; pero, niña, ¿no puedes callar?

— Pues que no diga las cosas dos veces.

— Que las diga todas las veces que quiera, con tal que cuente el cuento. ¿Qué más da?... Vuelve á principiar, Quico, y no las hagas caso á estas zurruterías.

— Una vez era un sastre, que estaba casado y que, sin ser tan feo ni tan soso como Jacinto, á quién conocéis todas vosotras, andaba como Jacinto cosiendo á jornal por las casas. Y ¿sabéis lo que le solían dar de almorzar en las casas donde cosía?...

— Un par de huevos.

— Eso, dos huevos fritos...

— Pues claro; eso almuerza Jacinto también.

— Ese es el almuerzo del sastre.

— ¡Como que al dos de oros, porque se parece á dos huevos fritos, le llamamos nosotras, cuando jugamos á la mata, el almuerzo del sastre!...

— Bueno; pues eso, un par de huevos fritos le daban de almorzar al sastre de mi cuento donde iba á coser.

Pero algunos días no iba á ninguna parte, porque nadie le había llamado, y se quedaba en su casa cosiendo para él alguna chaqueta ó algunos pantalones, de la tela que había sisado en una parte y otra.

Y el maldito del sastre se empeñaba en que los días que estaba en casa también había de almorzar dos huevos, contra la voluntad de su mujer, que no quería darle más que uno, porque ponían poco las gallinas; sobre lo cual armaban entre los dos cada pelotera que temblaba el misterio.

— Y eso es pecado. ¿Verdad, Quico, que es pecado reñir entre marido y mujer?

— Sí, hija, sí; pero no era el pecado mayor del sastre el de reñir con su mujer, porque también la solía abanicar de vez en cuando.

— ¡Valiente tuno!

— ¡Con que la pegaba el bribón á la pobre mujer!...

— Algunas veces. Y es de creer que la hubiera pegado muchas más, si no fuera que ella tenía un hermano que había sido sargento de coraceros y vivía allí cerca de su casa, el cual le había dicho al sastre que el primer día que volviera á poner las manos á la mujer era el último de su vida.

Con esto, el sastre no se atrevía á llevar ya las cosas por la tremenda; pero no queriendo resignarse tampoco á dejar de almorzar dos huevos, discurrió, para ver si curaba las roñoserías de su mujer, darla un susto muy grande.

Un día dijo que estaba malo. — ¿Qué tienes? le preguntaba su mujer. — No lo sé, — respondía, — pero me siento mal... Como todos las días me estás pudiendo la sangre á disgustos, la tendré ya corrompida toda y... me parece que me muero. — ¡Jesús! hombre, qué cosas tienes, — le dijo ella alarmada, y llamó al cirujano.

Fué el cirujano, y, enterado de la sospecha del sastre sobre la corrupción de la sangre, le dió una sangría como á un toro.

«Con esto descansará y se mejorará,» decía el matasanos aquel; pero el sastre, como estaba decidido á morir, no mejoraba. ¿Qué había de mejorar? Por el contrario, en cuanto el cirujano volvió la espalda, comenzó á decir:

«que me pongo peor, que me pongo peor» y entre el aturdimiento y los gritos de la consorte cerró los ojos y dió las bocadas en toda regla.

Volvió el cirujano, avisado de nuevo por mandado de la pobre mujer que todavía tenía alguna esperanza de que aquello no fuera más que un desmayo; pero después del reconocimiento, reducido á media docena de pellizcos que el sastre resistió heroicamente, el *físico* declaró que aquel hombre estaba tan muerto como su abuelo. Con lo cual comenzaron los preparativos del entierro para la mañana siguiente.

Y en efecto, á otro día temprano cantáronle en la iglesia el oficio de difuntos y la misa de *Requiem* y cuando le llevaban hacia el malvar...

— ¡Chachas! mirad cómo está Juanina con la boca abierta...

— ¡Sí, pues tú, hija, puedes decir!

— A ver si calláis, criaturas; si no, se acabó el cuento.

— No, no; sigue.

— Ahora que íbamos á lo mejor.

— ¡Como quien bien lo entiende!

— Tan bien como tú, presumidona.

— Callad, fastidiosas, que le vais á hacer enfadarse de veras. Sigue, Quico, sigue: «Y cuando le llevaban hacia el malvar...» Aquí íbas.

— Pues sí, cuando le llevaban hacia el cementerio en las andas de la parroquia, iba su mujer detrás del entierro dando gritos y diciendo simplezas, ó á lo menos, diciendo todas esas cosas que suelen parecer simplezas á los que no tienen pena por el difunto.

«¡Adiós, adiós, marido de mi alma, decía entre otras cosas, sin que nadie la hiciera caso.

» ¡Cuánto pesar tengo por lo mal que me portaba contigo!... Si vivieras ahora, todos los días te había de dar dos (aludía á los huevos fritos del almuerzo, causa y origen de todas sus disputas); ¡ay! ¡con cuánto gusto te había de dar dos!»

Oír estas palabras el sastre y decidirse á resucitar todo fué uno.

Acertaba á pasar entonces el entierro por debajo de un año y copudo castaño que daba sombra á la bolera del lugar, y aprovechando la buena coyuntura, en menos tiempo del que se gasta en decirlo, desenredó el muerto las manos del rosario con que las llevaba sujetas, é incorporándose en las andas, que no tenían más que una rejilla de madera por los lados, sin cubierta ninguna por encima, se agarró á una rama.

Los que llevaban las andas las dejaron caer asustados al sentir el movimiento del que creían difunto, y este quedó colgado de la rama, de donde se descolgó fácilmente al suelo y, en cuanto se desató los pies, echó á correr, así amortajado en paños menores como estaba, y gritando como un loco «¡que voy á almorzar dos! ¡que voy á almorzar dos!»

Excuso decirlo que al primer movimiento del muerto se había desbandado la procesión fúnebre, y todos los que formaban parte de ella iban corriendo á ruin el postre delante del resucitado, bien convencidos de que los gritos de éste: *¡que voy á almorzar dos! ¡que voy á comer dos!* no significaban sino que allí mismo y de primera intención se iba á comer un par de personas.

Y sucedió que entre los del entierro iba un cojo, el cual, como fuera naturalmente quedándose atrás desde los primeros pasos, al sentirse ya casi alcanzado por el sastre decía, resignándose con su suerte:

«Que se quede otro conmigo,

que yo me doy por comido.»

— ¡Ay! ¡el pobre! — dijo Jesusina, mientras las mayores se echaron á reír á carcajadas.

— Y ahí se acabó el cuento, Quico? — preguntó María, que fué la que primero acabó de reír el lance del cojo.

— No; ahora falta la segunda parte que ya habréis oído que suele ser siempre la más lastimosa.

— ¡A ver, á ver!...

— Allá va ahora mismo.

Ya supondréis que el sastre no comió al cojo ni á ninguno de los demás...

— Respira, Susa.

— No interrumpas, sosa.

— Lo que comió fué su par de huevos fritos aquel día y todos los demás de aquella semana y de la siguiente. Pero pasó el tiempo, y á la mujer del sastre se la pasó el susto, y volvió á las andadas... Vamos que volvió á no querer dar á su marido más que un huevo solo, encestándose en esta ruindad sin hacer caso de reconveniones. Y habiéndose muerto por entonces su hermano el sargento, viendo el sastre que ya por aquel lado no tenía nada que temer, comenzó á darla cada tollina que la doblaba.

La cosa se fué poniendo tan seria y las palizas del sastre menudeaban tanto y eran tan fuertes, que la pobre mujer ¡Dios se lo perdone! no deseaba ya otra cosa sino que se volviera á morir su marido, pero de veras, y no para resucitar como antes.

Y es claro, como á todos, más tarde ó más temprano, nos ha de llegar esa hora, le llegó al sastre la de morir, y se murió como otro cualquiera.

El precedente de la broma anterior hizo que el señor cura tomara mayores precauciones para no exponerse á otra igual; mas como resultara indudable que la muerte era real y verdadera, se dispuso á enterrar al sastre con la solemnidad ordinaria.

— ¿Y le enterraron?

— Sí, hija, como á todo el que se muere. Por cierto que la viuda, cuya alegría no encontraba otro borde más que el temorcillo de que su marido volviera por arte de

birli-birloque á darla alguna tunda más, cuando salió el entierro de la iglesia con dirección al Campo-Santo, no teniéndolas aún todas consigo, les decía á los que llevaban las andas:

«Desviadle del castaño,  
No suceda lo de antaño.»  
Y ahora sí que se acabó el cuento... y están tocando á misa.

ANTONIO DE VALBUENA

EL PALACIO DE ALCALA DE HENARES

(Conclusión)

III

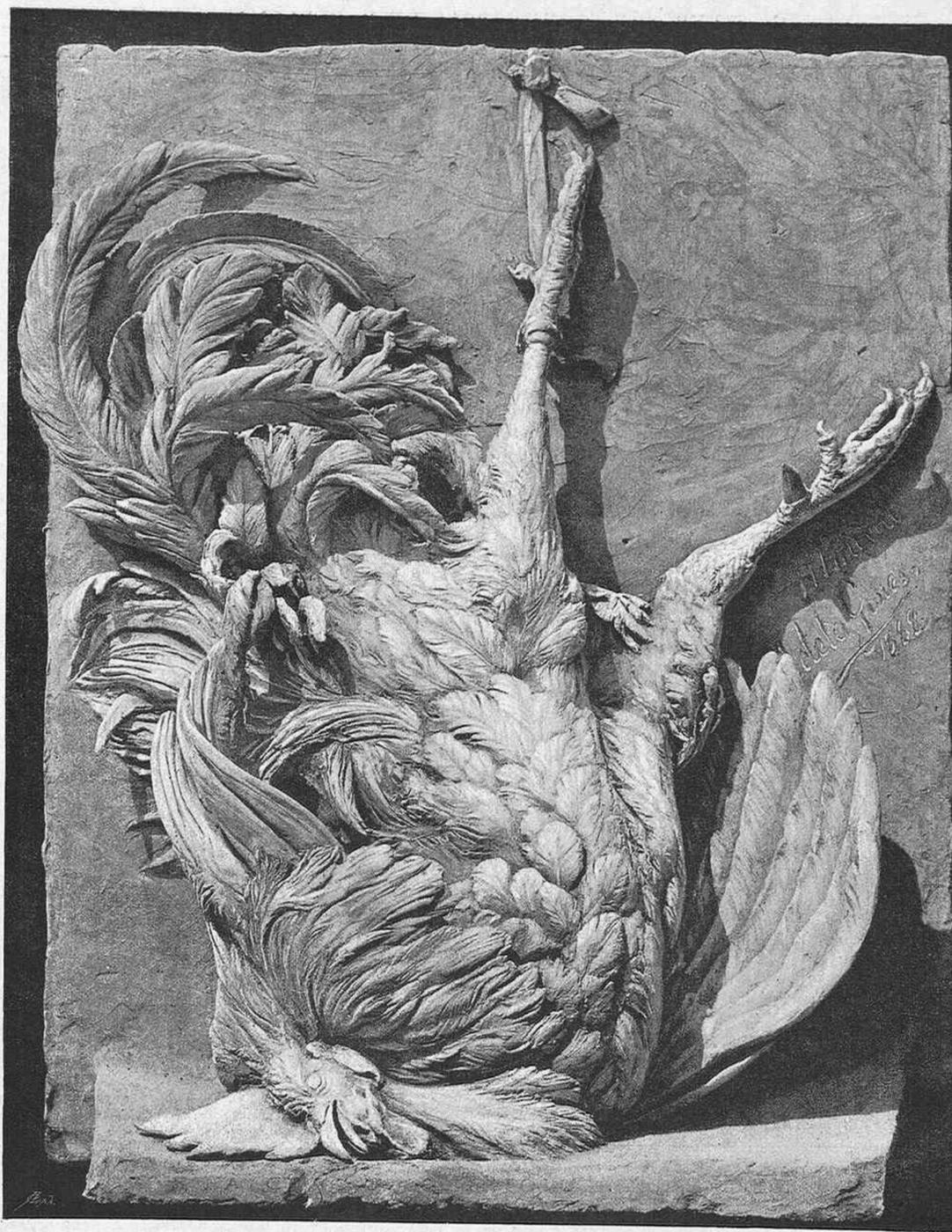
Dejando aparte algunas construcciones góticas también, pero de escasa importancia, de la época de los arzobispos don Pedro de Luna y cardenal Mendoza, como las dos ventanas ojivales que todavía quedan en la galería de Poniente del Claustro principal (donde hoy se encuentra establecida la vicaría eclesiástica), llega la vez á los tiempos de don Alonso de Fonseca (1524-1534) y de Tavera (1534-1545), á los cuales se deben las suntuosas construcciones y decoraciones en el estilo del Renacimiento que forman, como ya se ha dicho, la parte mayor del actual Palacio.

Según Ponz, Llaguno y Cavada, fué Covarrubias el arquitecto empleado especialmente por estos dos prelados, y Berruguete el escultor; pero hasta hoy ningún documento ha venido á confirmar tal aserto. Y aun por lo que hace al último, el estilo de las esculturas que adornan las partes del monumento propias de esta época, parece revelar á muy distintos autores, ninguno de los cuales iguala á Berruguete, ni en el carácter de sus obras, ni en el mérito. Las mejores son mucho más sobrias, aunque á la vez menos vigorosas y vivas; conservando quizá más bien parecido con la manera de Diego de Siloe y de Xamete. Esta última opinión no tiene otro valor que el de una mera conjetura; pero es más probable al cabo que la de que el estilo de Berruguete se encuentre en el Palacio de Alcalá de Henares.

La primera construcción del tipo clásico que encontramos al traspasar la verja del Palacio, es el gran cuerpo del Norte, de que ya se ha hecho mérito. Consta de tres pisos, los tres en el estilo del primer Renacimiento, aunque bastante sobrio. El bajo presenta siete puertas, hermosamente decoradas con guarda-polvos y medallones; cinco están hoy transformadas en ventanas. A esta serie corresponde otra de ventanas más sencillas en el piso segundo; el tercero consiste en una esbelta galería de arcos rebajados gemelos, con una balaustrada macizada y cerrada hoy con cristales. Afea esta fachada el enorme escudo barroco del cardenal Infante don Luis de Borbón, administrador de la archidiócesis, hasta que la renunció, capelo inclusive, para contraer matrimonio. A fin de colocar este blasón, se arrancó el de Carlos V y se desgarró la ventana central, sobre que éste se encontraba, convirtiéndola en balcón.

Dicho cuerpo enlaza al del Salón de Concilios con el que corre paralelo frente á éste, separando al primer patio del segundo, y forma una de las tres construcciones de importancia monumental que en el estilo del Renacimiento posee el edificio; las otras dos son el gran patio y la escalera.

Esa importancia es debida á los magníficos artesonados de los cinco salones que en la planta principal contiene, y que antiguamente servían de habitación á los arzobispos. Sus techos, si no de los más finos, son de los más ricos ciertamente que poseemos en España. En general, su decoración tiene el defecto de estar compuesta en compartimientos y masas demasiado grandes para su altura, por lo cual aparecen tanto más bastos y pesados cuanto son menos sencillos. Verdad, que este defecto es frecuente en nuestros edificios del tiempo, sobre todo en Castilla: sirvan de ejemplo los hermosos techos de Salamanca, Toledo, etc. Al influjo oriental, quizá se deba que en otras comarcas, v. g. Andalucía, sean más altas



GALLO MUERTO, escultura de doña Adela Ginés

las habitaciones, como lo es en el mismo Palacio de Alcalá el Salón de Concilios, cuyo estilo mudéjar y cuya época difieren, como ya se ha dicho, de los de estos otros.

La traza de dichos artesonados es de casetones, á la manera puramente clásica, con los pares labrados. Están sin pintar, conservando el color oscuro que al pino presta el tiempo. Por debajo del techo corre unido á él en los tres últimos salones un friso de relieves de estuco, blanqueado, y que representa una marcha guerrera, con análogos caracteres: estas salas son de planta cuadrada; las otras dos, rectangulares. En cuanto á la suposición de que estas obras puedan atribuirse á Berruguete, de quien algunos escritores las reputan dignas, ya se ha dicho que es completamente infundada, y no debe considerarse sino como un caso particular de la disposición general en Castilla á atribuir á aquel artista toda labor de alguna importancia de Renacimiento, por desemejante que sea de su mérito y estilo, como en el presente caso acontece. Este fenómeno es muy frecuente y explicable cuando comienzan á desarrollarse los estudios arqueológicos. Recuérdese lo que ha acontecido tiempos atrás en Alemania con Dürero, y no hace muchos años todavía en Portugal con el verdadero ó supuesto Gran Vasco.

El primer salón y el quinto tienen el artesonado repartido en octógonos, siendo aquél el que más adolece de la pesadez antes advertida, y presentando éste su techo mal encajado con el friso; los casetones del tercero son exagonales; los del segundo y el cuarto cuadrados. Todos tienen las armas de Fonseca en los techos y las de Tavera en los frisos.

A ambos magníficos prelados se debe el espléndido patio principal, del propio estilo del Renacimiento y digno de competir, en su disposición general y riqueza, con el del Colegio de los Irlandeses de Salamanca (obra de Fonseca también), si bien éste quizá le excede en el mérito de las esculturas. Es de planta rectangular y mide 28 metros por 20, rodeándolo una ancha galería de 3 metros 80, sostenida por treinta y cuatro columnas en cada uno de los dos pisos de que consta. La parte inferior está formada por arcos de medio punto y sus techos de madera conservan todavía restos de la antigua decora-

ción pintada; mientras que la alta es adintelada, formando la transición entre el ancho friso y las columnas, largas y decoradas zapatas de piedra. Este segundo cuerpo tiene mayor altura, y por consiguiente mayor esbeltez, de las usuales en las construcciones análogas de Castilla. El material de toda la construcción es la caliza de Tamajón, excepto el friso de la parte superior, que es de granito, interrumpido por medallones de caliza también colocados sobre las zapatas; por cima de él corre una ancha cornisa clásica. El antepecho de esta galería alta está lujosamente calado, formando una especie de red de mallas romboidales. Los medallones son en total treinta y representan en alto relieve cabezas de guerreros, personajes bíblicos y doctores de la Iglesia. Las armas de Fonseca decoran las enjutas de los arcos en la galería inferior.

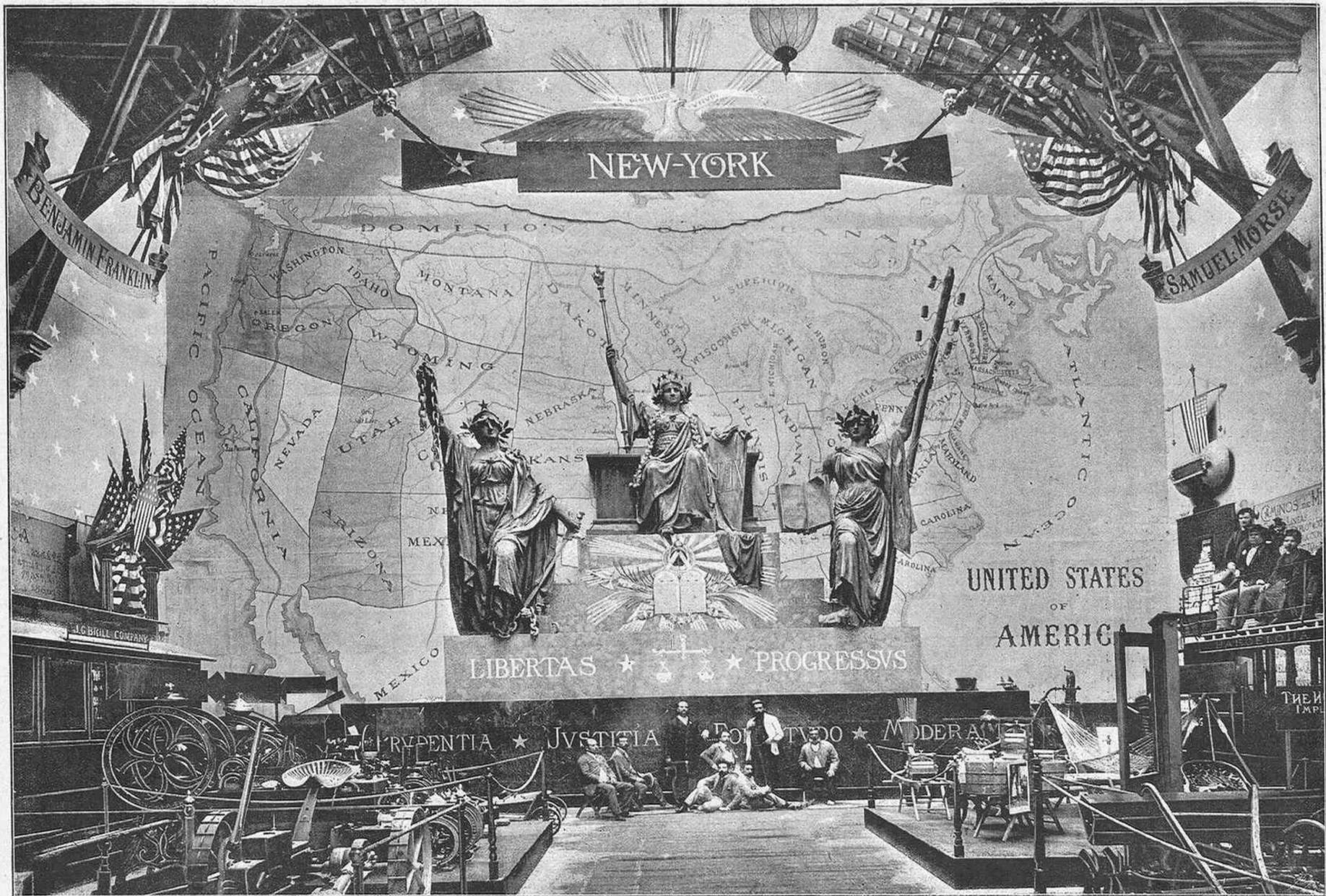
En el ángulo Sudeste del patio, arranca la magnífica escalera principal, sostenida por tres arcos carpaneles, el último de los cuales está macizado por un muro, cuya decoración almohadillada, que corre por bajo de toda la rampa, se halla cubierta de genios, bichas y mascarones y es una de nuestras más ricas joyas. Sobre la magnífica puerta que perfora este macizo se alzan las armas de Tavera en el centro de una hermosa composición de genios, que las sostienen y coronan; y el propio blasón se ostenta en los que cubren el arranque de la escalera en ambos pisos. La balaustrada de esta escalera es casi toda nueva, imitando de lejos los escasos restos que de ella quedan todavía y cuya esbeltez, elegancia y carácter eran difíciles de interpretar. Favorece al efecto monumental y ostentoso de la construcción el espléndido techo de madera que la cubre. Su forma, análoga á la ya descrita del Salón

de Concilios, es la de un artesón rectangular y ochavado en los cuatro ángulos, ó sea la de un octógono, dos de cuyos lados se prolongan paralelamente para corresponder á la forma rectangular de la planta, levantándose los cuatro trapecios de los ángulos sobre otras tantas pechinas, que cortan el friso sobre que todo el techo descansa. En este friso hizo Tavera sobreponer su escudo al de Fonseca, que sin duda no logró ver concluida la hermosa carpintería. Esta sustitución revela la extremada aprensión de sí mismo en el segundo prelado, que, aun en aquellas construcciones casi concluidas por su predecesor y que apenas necesitaron de su auxilio, prodigó su blasón profusamente; conducta que contrasta con la de aquel otro discreto arzobispo Moscoso (siglo XVII), que prohibió poner el suyo hasta en obras exclusivamente debidas á su munificencia. Los casetones del techo son del Renacimiento, aunque forman una traza de cruces y polígonos estrellados de ocho puntas, y su decoración de hojas está tratada en grande y más en proporción, como el techo todo, con la altura de la caja de escalera que los de los salones.

En la galería alta merecen citarse algunas portadas con las armas de Tavera también y en especial la que conduce al Archivo.

El resto de la construcción conserva ya poco de su antiguo carácter. De las cuarenta y nueve salas que ocupan los 60,000 y tantos legajos del magnífico Archivo histórico general en el antiguo Palacio, sólo deben mencionarse los grandes salones de que ya queda hecho mérito. Lo demás ha sido reedificado y renovado en varias ocasiones; hoy mismo se está imitando en algunos techos el estilo mudéjar de los siglos XV y XVI. El claustro del Jardín inferior ha sido restaurado, tabicando los arcos de la galería inferior que conservan su estilo del Renacimiento, sencillo pero pesado, en los tres lados en que dichos arcos existen. La extensa galería del ala Sur, con sus dos grandes miradores, abierta sobre el jardín del Vicario por Fonseca, como muestran las armas de sus artesonados, fué reparada y desfigurada según costumbre por el arzobispo don Pascual de Aragón en el siglo XVII, macizando igualmente sus treinta arcos. Después de esto y de las puertas antes mencionadas en el primer piso, no hay

## EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE BARCELONA



INSTALACIONES DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA

(De fotografía de los señores Audouard y C.<sup>as</sup>, concesionarios exclusivos)

más que los artesonados de estuco de algunas escaleras interiores, como la que hoy da paso al Archivo, y unos restos de ventanas de Fonseca y Tavera, colocadas en un patinillo medianero con el convento de San Bernardo que el arzobispo Sandoval y Rojas hizo construir sobre parte del Palacio y parte del antiguo barrio de la Alcañara.

Aunque no de grande importancia arquitectónica, merece, sin embargo, citarse el Oratorio. Este departamento ocupa el piso principal de uno de los torreones, el más occidental; y tiene un artesonado que por mitad decoran el blasón de Fonseca y el de Tavera, corriendo por su parte inferior un alto zócalo de azulejos de relieve y tracería morisca. Pero el interés principal de esta sala consiste en las pinturas, hoy borradas y picadas en gran parte, que decoran sus paredes. Aun se conservan tres figuras de doctores de la Iglesia, algunas cabezas de apóstoles, ángeles y tarjetones con inscripciones latinas. El estilo parece corresponder á la escuela castellana de la segunda mitad del XVI, y aunque su mérito no es grande, ofrecen mucho interés á causa del escaso número de pinturas murales que de este tiempo nos resta.

En las galerías bajas del Oeste, en el patio de entrada, se hallan reunidos algunos restos arqueológicos de diversas épocas, encontrados en Alcalá, con el fin de organizar un pequeño museo en su día. Entre ellos los hay que pertenecen á la época romana, y consisten en aras, cipos funerarios, fragmentos de columnas, un sepulcro, una media estatua de mujer desnuda y algunos ladrillos. A la época del último gótico, del Renacimiento y posteriores corresponden el pelícano de Carrillo, un escudo y animales que estuvieron en la casa llamada por tradición del «rico-home de Alcalá», algunos capiteles y seis medallones del antiguo patio de la Alcañara, que son quizá lo más importante como obra de arte (ya se ha citado á los de Ester y Antenor), la estatua de Jorge de Silveira, fundador del Colegio de los Irlandeses, y otros objetos de menor interés.

F. GINER DE LOS RÍOS

## NOTICIAS VARIAS

CONGO. — Un carpintero, que había servido á Stanley en sus primeras expediciones al Bajo Congo, afirmó que

las orillas del río estaban cubiertas de bosque y que él mismo había cortado *teaks* magníficos. Hasta aquí los agentes del Estado pretendían, al contrario, que estas orillas eran áridas y desiertas. M. Dupont, director del Museo de historia natural de Bruselas, que viene del Congo, ha confirmado la aserción del carpintero de Stanley, asegurando por su cuenta que á unas 20 leguas del puerto de Banama ha atravesado una meseta sin barrancos de unos 300 pies de altitud, cubierta de magnífico bosque, extendiéndose por una parte hasta el río y por otra hasta perderse de vista.

Los barcos podrían pues ir á cargar maderas al pie de la altura, donde el río tiene más de 20 pies de agua.

\*\*

EL 4.º CENTENARIO DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA. — El rey de Italia, á solicitud del ministro de Instrucción pública, ha dado un decreto regulando la manera de celebrar el cuarto centenario del descubrimiento de América por Cristóbal Colón.

El programa consiste en publicar las obras del ilustre navegante, como también todos los documentos y cartas geográficas que den luz sobre su vida y sus viajes. Habrá también una lista analítica de las obras publicadas en Italia sobre Colón y el descubrimiento de América, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. El presidente de la comisión encargada de la redacción de este trabajo, es el señor César Correnti, presidente del Instituto de historia italiana, contándose entre sus miembros á los señores Amari, Desimoni y el marqués Doria.

Para cubrir los gastos de esta obra que se hace por la primera vez, se ha asignado la cantidad de 12,000 libras á cargo de tesoro.

Muchos editores han publicado fragmentos de los escritos de Colón, como Navarrete la historia de sus viajes y Mayor sus cartas; pero nadie ha reunido todavía sus obras en una sola edición, bien que se publicara un índice completo en 1864.

Los Estados Unidos se preparan también á celebrar el aniversario del gran descubrimiento, y entre otras solemnidades habrá una exposición universal en Nueva York en 1892.

El proyecto de ley relativo á esta exposición trata igual-

mente de la creación de una exposición permanente que sería su consecuencia y reuniría principalmente los objetos naturales que hicieran conocer mejor la historia, los recursos, las artes é industria de las tres Américas.

\*\*

VIADUCTO PORTUGUÉS. — Un empresario francés, monsieur Verdier, acaba de solicitar la concesión oficial de un puente metálico, destinado á unir los tres distritos de Lisboa situados en elevadas colinas. Habiendo emitido informe favorable una comisión técnica nombrada para examinar el proyecto, la corporación municipal ha hecho la concesión mediante ciertas condiciones.

El viaducto tendrá una longitud de 1,300 metros y se compondrá de dos tableros sobrepuestos. Salvará á una altura de 50 metros los barrios de la ciudad baja y atravesará por un solo arco de 150 metros de anchura la calle de la Libertad que forma actualmente la principal arteria de la ciudad.

Calcúlense los gastos en unos 10,000,000 de francos. Los concesionarios no recibirán ninguna subvención porque según cálculos basados en la estadística del movimiento de corruajes y transeúntes, el producto del peaje bastará á asegurar el interés y la amortización del capital empleado.

\*\*

ESCLAVITUD. — Dicen de Zanzíbar:

«El aviso *Griffon* acaba de llegar de Pemba y su comandante refiere que á mediados de octubre último la chalupa vapor de á bordo, mandada por el teniente Cooper, dió caza á un barco negrero. Después de haber hecho una descarga de mosquetería á la chalupa, la tripulación árabe se arrojó á la mar abandonando la embarcación con los 86 esclavos que trasportaba, y entre los cuales se encontraron tres heridos y tres muertos. El teniente Cooper pereció en la demanda y dos marineros salieron heridos. A bordo del barco negrero había un cañón cargado hasta la boca y que no pudieron disparar los árabes, sin duda por tener mojada la pólvora.

Los almirantes francés y alemán con su estado mayor y todo el cuerpo consular presente en Zanzíbar han asistido á las exequias del teniente Cooper.

(De *La Nature*)

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria  
BARCELONA. — IMP. DE MONTANER Y SIMÓN